

## LA LITERATURA COLOMBIANA (I)

La historia de la literatura en Colombia empieza con el nombre ilustre del fundador de Bogotá, el licenciado don Gonzalo Jiménez de Quesada. Este curioso personaje, que probablemente ocupa el tercer puesto, después de Cortés y de Pizarro, entre los conquistadores de América, era un letrado, que después de realizar la épica hazaña de penetrar en el interior del país al través de bosques inaccesibles y de derribar con un puñado de hombres el imperio de los zipas y los zaques, entretuvo sus veladas de conquistador escribiendo su *Compendio historial de la conquista del Nuevo Reino*, obra desgraciadamente perdida, y luégo sus forzados ocios de militar retirado, redactando una *Colección de sermones con destino a ser predicados en las festividades de Nuestra Señora*, manuscrito que también se extravió. Los rasgos típicos de la figura de Quesada parecen haberse impreso en el carácter del pueblo de que fue conquistador, pues en Colombia ha sido muy frecuente el tipo del militar-civil, valiente hasta el heroísmo cuando la ocasión lo requiere, pero nada propenso al caudillaje, y entre las notas distintivas de la índole nacional deben señalarse el espíritu religioso, que ha permanecido incólume en medio de las violentas luchas de ideas, y la tendencia legalista, que ha mantenido al país en el carril constitucional en medio de largas convulsiones revolucionarias, y ha dado nacimiento, por desgracia, a la planta parásita del leguleyismo, que comprime y ahoga la noción del derecho.

(1) *Extrait de la Revue Hispanique, tome XLIII*—New-York, Paris. Por no haber venido a Colombia sino poquíssimos ejemplares de este ensayo, tan erudito como ameno, empezamos a reproducirlo, con permiso del autor, para instrucción de los estudiantes del Colegio y solaz y deleite de todos nuestros lectores.

Quesada fue un conquistador humano hasta donde lo permitían las duras costumbres de la época, y su simpática figura es muy adecuada para presidir el desarrollo histórico de un pueblo algo imprevisor—como lo era el mariscal,— de índole mansa y de indestructibles aficiones literarias.

El héroe que, a modo de César, se ocupó en hacer el relato de sus hazañas tuvo su poeta en Juan de Castellanos, cura de Tunja, cuya patriarcal figura tiene algo de la rústica majestad de los poetas primitivos. No nació Castellanos en Colombia. Era natural de Alanís, pueblecito cercano a Sevilla, en donde vio la luz el 9 de marzo de 1522. Pero vino de niño a América y su recuerdo está indisolublemente unido a los hechos de la conquista. Su labor en verso es de las más monstruosas que recuerda la historia literaria, y revela una constancia en el trabajo tan inquebrantable como la que exhibían sus conterráneos en sus empresas de conquista. Su condición de poeta-cronista le fue perjudicial, pues ni en uno ni en otro concepto ocupa el puesto que hubiera podido corresponderle: simple poeta, su musa hubiera podido volar más libremente por los campos de la imaginación; historiador, sin pretensiones poéticas, habría podido escribir una crónica de las más animadas, vivas e interesantes de aquellos tiempos. Fue testigo presencial de muchos de los más novelescos episodios de la conquista, y su relato tiene la frescura del testimonio actual, que no pueden emular los trabajos eruditos. De aquí la evidencia épica de su relato, que compensa con esta ingenuidad primitiva y bárbara llaneza todo cuanto le falta de arte, que no es poco. Las *Elegías de varones ilustres* están a cien leguas de la *Araucana* de Ercilla; pero tienen trozos escritos con gran vigor de estilo, y versificados con extraordinaria soltura, como si las dificultades de la octava real sir-

vieran de acicate a su inspiración. Es homérica esa mezcla de episodios guerreros y sucesos trágicos con rasgos familiares y maliciosamente cómicos. La *Historia del Nuevo Reino de Granada*, escrita en versos sueltos e inapreciable como documento histórico, apenas ofrece uno que otro rasgo poético que sobrenada en aquel océano de prosa malamente cortada en renglones de once sílabas: clara muestra de la dificultad con que el oído español se habituó al ritmo y al corte del verso libre de los italianos. Las obras de Castellanos, además de ser una mina de noticias históricas, son un tesoro de lengua, a un tiempo clásica y popular, llena de donaires andaluces y matizada con americanismos, que desde entonces han debido tomar carta de naturaleza en nuestro idioma. Lástima que la musa de Castellanos hubiera estado ya tan fatigada cuando versificó la historia de la conquista, pues de otro modo, las leyendas, tradiciones, usos y costumbres de los indígenas, los sitios y lugares de esta nación, y sus ricos productos naturales habrían tenido, por obra del buen licenciado, una verdadera consagración en el arte (1).

Si, dentro del minúsculo escenario de la literatura colonial, Castellanos, en el siglo XVI, fue nuestro Homero, más adelante, en la siguiente centuria, tuvimos nuestro Licofrón en Hernando Domínguez Camargo, hijo de Santa Fe y que «florecía—*risum teneatis*—en Turmequé,» según frase del señor Caro. Ese ingenio dio

(1) Después de escrito este estudio, se ha publicado otra obra de Castellanos que se juzgaba perdida y que se ha encontrado, gracias a un dato que comunicó el señor Caro a don Antonio Paz y Melia en 1887. Es un poema en octavas reales que se titula *Discurso del Capitán Francisco Drake*, y en él se relatan las expediciones corsarias del temible marino inglés. Ha editado el libro con muy doctas ilustraciones, el eminente erudito don Angel González Palencia (Madrid: 1921).—NOTA DEL AUTOR.

muestras de sí en la épica religiosa, componiendo un poema sobre *San Ignacio de Loyola*. En este género también había dado ejemplo Castellanos con su poema en octava rima sobre san Diego de Alcalá, del cual da noticia en su testamento y que ha desaparecido. Los tiempos habían cambiado, y con ellos la moda literaria. Castellanos escribió en la primera época del Renacimiento español, cuando dominaba en la literatura castellana un severo gusto clásico, el cual se manifiesta aun en las obras satíricas y picarescas. No es la edad creadora por excelencia, pues aún no habían aparecido Lope, Cervantes, Calderón y Quevedo; pero es la que produjo obras que se acercan más al ideal clásico, tal como lo entendían latinos e italianos. Cuando Hernández Camargo hizo sus modestos ensayos, reinaba en el mundo español el más desenfadado gongorismo, natural consecuencia de la degeneración del ingenio nacional, y el poeta bogotano dio quince y raya a los más tenebrosos versificadores culteranos, pudiéndose colocar el *San Ignacio* en puesto cercano al *Macabeo* de Silveira. Y, sin embargo, Hernández Camargo no carecía de ingenio, como lo comprueban algunos rasgos sueltos de sus poesías líricas; y nacido y educado en otra época, probablemente habría dejado obras no despreciables. De todos modos, merece memoria como autor del ensayo poético de más importancia emprendido en el Nuevo Reino con posterioridad a Castellanos.

Nuestra literatura colonial es pobre, sobre todo si se la compara con la de México y aun la del Perú. Especialmente, en poesía lírica poco tenemos que presentar, a excepción de unos cuantos sonetos laudatorios o composiciones fugaces, muy inferiores a las de Hernández Camargo, recogidas en el curiosísimo *Ramillete de flores poéticas* del maestro Jacinto Evia, de Guayaquil. En este suelo, que después ha sido tan propicio

a la producción poética, no se dieron en los siglos coloniales sino pálidas y entecas florecillas, faltas de gracia y de aroma. La prosa tuvo mejor suerte. No todos los libros que entonces se escribieron sobre el Nuevo Reino son de autores nacidos en la colonia. Algunos, y de los mejores, salieron de plumas españolas, y por esta razón prescindimos de ellos en esta breve reseña, lamentando no poder contar entre las producciones nacionales libros tan elegantemente escritos y de tanto precio histórico como el *Orinoco ilustrado*, del padre José Gumilla, y la *Historia de las misiones de los jesuitas en el Nuevo Reino*, del padre José Cassani. Uno y otro pertenecían a la Compañía de Jesús, la cual, establecida desde temprano en el Nuevo Reino, no sólo fue un elemento de cultura intelectual, sino que sirvió poderosamente en la obra de civilización de los indígenas y trajo al país a quel apóstol heroico de la caridad, que iluminó con luz celestial los horrores de la esclavitud y que se llamó san Pedro Claver. En la imprenta de la Compañía se imprimió, en clara y buena edición, un folleto que ha pasado hasta hace poco por la impresión más antigua hecha en Bogotá, y que, en todo caso, ocupa cronológicamente el segundo o tercer lugar; es el *Compendium privilegiorum et gratiarum Santa Fide Novi Regni Granatensis*, y lleva la fecha de 1739.

Conocida es la importancia que tienen en la literatura española las Crónicas de Indias, no solamente porque en sus páginas se guarda la relación circunstanciada de una epopeya gloriosa para España, a pesar de los hechos sangrientos que la manchan, sino porque algunas son joyas literarias y todas ellas contienen tesoros de lengua no suficientemente explotados todavía. México y el Perú son en este punto los más afortunados, pues las obras de Gómara, Bernal Díaz del Castillo, Solís y el Inca Garcilaso brillan cada cual a su manera y por

distintos conceptos en puesto preeminente de la historiografía clásica. El Nuevo Reino de Granada puede exhibir también, si no en lugar tan alto, sí en sitio visible y honroso, un cronista con dotes de verdadero historiador. Es el Ilustrísimo señor don Lucas Fernández Piedrahita, natural de Santa Fe y obispo de la diócesis de Panamá. Según Vergara, nació el 6 de marzo de 1624; su padre se llamaba Domingo Hernández de Soto Piedrahita, y por su madre, Catalina Collantes, «era biznieto de doña Francisca Coya, princesa del Perú,» completando con el citado Garcilaso y don Fernando de Alba Yxtlilxochilt el trío de historiadores de América descendientes de sangre real indígena. Sirvióse Piedrahita para su trabajo de las obras manuscritas de Quesada, que él tuvo la fortuna de consultar en España; de las de Castellanos, Aguado y Medrano; reduciéndose en buena parte su labor a dar forma más ordenada y elegante a los materiales que halló esparcidos. Pero Piedrahita era un escritor, y su libro ofrece algo más que la narración pesada y confusa de los hechos. Tenía estilo y sin alcanzar la nota de escritor clásico, pues es desigual, desmayado en ocasiones y sus períodos suelen languidecer en medio de la incoherencia de las frases incidentales, es uno de los mejores historiadores de América, como reconoce Julio Cejador, y en los momentos importantes de la narración ostenta brío, elegancia y gentileza. Su *Historia general del Nuevo Reino de Granada*, lindamente impresa por Verdussen, en Amberes, en el año de 1688, con sus portadas en donde campean, de una parte las efigies de los conquistadores, y de otra los imaginarios retratos de los soberanos indígenas, adornados con las insignias de la realeza, es libro precioso, de apacible y grata lectura, de provechosa enseñanza, no emulado como trabajo literario hasta la época moderna, y con un sabor castizo de vino añejo, insusti-

tuible para los que han acostumbrado su paladar al gusto de la literatura antigua.

Piedrahita fue nuestro historiador general. Hay, además, algunos historiadores particulares dignos de mención. Sea el primero el padre Alonso de Zamora, de la Orden de santo Domingo, nacido en Santa Fe en 1660. Escribió el padre Zamora la *Historia de la provincia de san Antonino del Nuevo Reino de Granada, del Orden de Predicadores*, la cual se publicó en Barcelona en 1701. Es libro muy apreciado, tanto por su rareza bibliográfica como por su fondo histórico y su grato y elegante estilo. No es poco mérito del padre Zamora haber escrito con claridad y sencillez en una época tan prendada de los adornos de mal gusto, como lo revelan los propios preliminares de la *Historia*, donde el padre Miguel de las Peñas, censor eclesiástico, después de equiparar al humilde religioso de Santa Fe con Homero, Demóstenes, Platón y Aristóteles, agrega: «No sólo en lo sabio, hasta en el nombre también se parece a Salomón; pues con añadirle al nombre de Alonso una M dice Salomón, para que digamos es lástima que sujeto tan sabio sea hombre mortal.» Y el gobernador don Francisco Alvarez de Velasco, en una encrespada silva, declara a fray Alonso «sabio prometeo,» «Eucalión religioso» y «Hermes cristiano.» El escritor a quien se tributaban tan desafortunados elogios no era un genio, ni mucho menos, pero sí un meritorio y fiel cronista de su Orden, con cuya historia enlaza hechos de interés general y una muy detallada descripción física del Nuevo Reino. Esta parte ofrece especial interés, tanto porque el padre Zamora luce sus dotes de elegante prosista en la descripción de animales y plantas, como porque revela que los españoles de entonces habían explorado el territorio del virreinato en toda su extensión, hasta extremos que hoy mismo son casi inaccesibles, y habían estudiado con grande interés

su fauna y su flora y las aplicaciones útiles de los productos naturales, no obstante las deficiencias que ofrecían los embrionarios conocimientos científicos de la época. En esta sección de su obra el padre Zamora siguió el ejemplo que desde los comienzos de la conquista habían dado el grande Oviedo y el padre Jose de Acosta, cuya *Historia natural y moral de las Indias* ha sido alabada por Humboldt y otros sabios modernos.

Resplandecen en las páginas de Zamora los hechos de otro varón apostólico, venido de España: el admirable san Luis Beltrán, que evangelizó también, como el Apóstol de los negros, las regiones de nuestra costa atlántica: que si España mandó conquistadores y encomenderos rapaces, también envió apóstoles de la caridad cristiana, que vertieron óleo en las heridas que aquellos abrieron, y dieron lecciones de verdadera fraternidad a las razas indígenas. Aun cuando no ostenta, como san Luis Beltrán, la aureola beatífica, sí merece recordarse aquí el padre Francisco de Figueroa, natural de Popayán y misionero en las regiones amazónicas, en donde realizó prodigios de virtudes, y en donde rindió la vida, recibiendo la corona del martirio. Ocupa un puesto en la historia literaria por su *Relación de las misiones de los jesuitas en el país de los Maynas*, no há muchos años publicada.

(Continuará).

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

## REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO.—FILOSOFIA.—CIENCIAS.  
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 0,20 oro

Suscripción por año (adelantada)..... 2,00 »

Número atrasado..... 0,30 »

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, señor don Carlos Lozano y Lozano, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.



Universidad del  
Rosario

Archivo  
Histórico